



Incluyendo para sanar

13° Concurso sobre personas refugiadas 2021



GOBERNACIÓN
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONAPRED
CONSEJO NACIONAL PARA PREVENIR
LA DISCRIMINACIÓN



**UNHCR
ACNUR**
La Agencia de la ONU para los Refugiados

Incluyendo para sanar

13° Concurso sobre personas refugiadas 2021



GOBERNACIÓN
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONAPRED
CONSEJO NACIONAL PARA PREVENIR
LA DISCRIMINACIÓN



**UNHCR
ACNUR**
La Agencia de la ONU para los Refugiados

COEDICIÓN: Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México (CDHCM), Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred).

COORDINACIÓN DE CONTENIDOS: Nancy Pérez García y Carolina Carreño Nigenda.

DIRECCIÓN EDITORIAL: Domitille Delaplace.

CUIDADO DE LA EDICIÓN: Karina Rosalía Flores Hernández.

DISEÑO EDITORIAL: Gladys Yvette López Rojas y Ana Lilia González Chávez.

CORRECCIÓN DE ESTILO Y REVISIÓN DE PLANAS: Karina Rosalía Flores Hernández.

APOYO EDITORIAL: Karen Trejo Flores y María Elena Barro Farías.

DISTRIBUCIÓN: Sonia Ruth Pérez Vega.

DIBUJO DE PORTADA: *Juntos saldremos adelante* de Francisco Ruiz Rivera, dibujo ganador del primer lugar en la categoría gráfica.

Agradecemos la participación comprometida y solidaria de las y los miembros del jurado del concurso: Aylin A. S., Jessica Alejandra R. C., Kendy Yibeli G. M., Ricardo A. S., Oscar Manuel R. Z., Geymi Sarahí C., Sayra Y. F. N., Juan M. V., y Cecilia R. T.

Los dibujos, cuentos y videos contenidos en esta publicación fueron elaborados y presentados en el marco de la edición 2021 del 13° concurso sobre personas refugiadas, Incluyendo para sanar, organizado por la CDHCM, el ACNUR y el Conapred.

El contenido de los dibujos, cuentos y videos no refleja necesariamente las ideas de las instituciones que participan en esta coedición, sino que es responsabilidad de sus autoras y autores.

Primera edición, 2021

D. R. © 2021, Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México

Av. Universidad 1449, col. Pueblo Axotla,

demarcación territorial Álvaro Obregón,

01030 Ciudad de México.

www.cdhcm.org.mx

D. R. © 2021, Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados

Calz. Gral. Mariano Escobedo 526-Piso 3,

col. Anzures, alcaldía Miguel Hidalgo,

11590 Ciudad de México.

www.acnur.org

D. R. © 2021, Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

Londres 247, col. Juárez,

alcaldía Cuauhtémoc,

06600 Ciudad de México.

www.conapred.org.mx

Ejemplar electrónico de distribución gratuita, prohibida su venta

Índice

Presentación	9
Mark Manly	
Nashieli Ramírez Hernández	
Irasema Yazmín Zavaleta Villalpando	
Testimonio de las niñas, niños y adolescentes integrantes del jurado	19
Dibujos, cuentos y videos ganadores 2021	23

Juntos saldremos adelante	24
Francisco Ruiz Rivera	
Lo que me espera	27
Natalia Lucía Bucio Pérez	
¿Y si fueras tú?	40
Leonardo Benítez Chavero	
Bienvenido a casa	42
Romina Yulieth Ramiro López	
Arriesgando la vida	45
Leila Medina García	
Migrantes y refugiados	52
Víctor Ariel Del Orbe Valdés	

México: un ángel y hogar para nuestros hermanos refugiados	54
Alejandro González Suárez	
Templos en el camino	57
Martín García Meza	
Un corto sobre refugiados	70
Kiara Vanreusel Lugo	

Presentación

Mark Manly

Ex representante del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados en México

Durante los seis años como representante del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) en México fui testigo de cómo la niñez y la adolescencia en este país son agentes de cambio que promueven entre las personas adultas la inclusión de las personas refugiadas y solicitantes de asilo.

La importancia de este 13° Concurso sobre personas refugiadas, Incluyendo para sanar, se enmarca en que, a lo largo de la historia de la humanidad, las personas y las familias han tenido que huir de sus hogares y de sus países a raíz de las guerras, la violencia y las violaciones a derechos humanos.

Este fenómeno ha sido una constante. Pero en la historia de la humanidad también ha sido una constante el que otras personas, otros países y otras comunidades reciban a estas personas, les abran las puertas y les brinden protección o asilo.

En el contexto actual esto es lo que estamos llamados a hacer nuevamente en México porque, como hemos visto en los últimos años, se ha ido incrementando el número de personas que llegan al país solicitando protección como personas refugiadas.

Entonces, es muy importante poder explicar al público mexicano la importancia de recibir a esas personas, de brindar esa protección, de ser empáticos y ser solidarios.

Para ACNUR México este concurso es precisamente una forma de enseñar, de hablar de la solidaridad y de la empatía hacia las personas refugiadas desde hace ya 14 años, periodo en el que no sólo se ha transformado la situación de este sector en México, sino que también se han hecho innovaciones a este certamen.

La primera innovación es que al principio solo era un concurso de ensayo, pero hoy, a raíz de una consulta que hicimos con 5 000 niñas y niños, abarca una gama más amplia de modalidades, tales como: *videoblog*, cortos, poemas, animaciones, historietas y dibujos.

Gracias a esa modernización ahora existen muchas formas para que las y los niños puedan expresar su simpatía y su solidaridad al mostrar la realidad que enfrentan las personas refugiadas en México y el mundo.

Un segundo cambio, muy significativo, fue que al inicio eran pocas las instancias que convocaban a este concurso, pero hoy ya tenemos una gran alianza

de muchas instituciones del Estado mexicano, organismos autónomos y agencias internacionales que estamos reunidos precisamente para celebrar y promover estos valores fundamentales para la sociedad mexicana, particularmente entre la niñez y la adolescencia.

Y la última innovación que quiero mencionar es precisamente la que hicimos este año, que tuvimos a un jurado conformado por niñas y niños que están en albergues en Tijuana, Baja California. No hay nadie mejor que ellas y ellos para evaluar los trabajos presentados. Son realmente las y los niños quienes tuvieron la palabra en cuanto a cuáles son las mejores obras que concursaron este 2021.

Agradezco esta compilación impresa de las obras de las y los ganadores, a quienes vuelvo a felicitar por su excelente trabajo. Agradezco también la oportunidad de colaborar con todas las organizaciones convocantes con la certeza de que la inclusión es la clave para sanar en México y el mundo, sin dejar a nadie atrás. 🙏

Nashieli Ramírez Hernández

Presidenta de la Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México

Son ya 14 años en los que junto con el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados y el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación hemos sido pioneros de un trabajo colaborativo para sensibilizar sobre los motivos que obligan a las personas a buscar asilo en México y los desafíos que enfrentan en su proceso de integración a la sociedad. Con el paso de los años se han sumado a esta iniciativa otras instituciones, con lo que se ha fortalecido al proyecto.

Así, a través de la creatividad y el esfuerzo, niñas, niños y adolescentes expresaron su solidaridad hacia las miles de personas refugiadas a nivel mundial y las que se encuentran en nuestro país.

Durante 2020 México recibió a 41 329 personas que solicitaron el reconocimiento de la condición de refugiadas y durante el primer semestre de 2021 ha recibido 51 654 solicitudes, rebasando con ello el total de solicitudes del año pasado.

Es importante destacar que dentro del grupo de personas que solicitan el reconocimiento de la condición de personas refugiadas también se encuentran niñas, niños y adolescentes; el año pasado dos de cada 10 pertenecían a este grupo poblacional y este año representan aproximadamente la cuarta parte del total de personas solicitantes.

La Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados reportó que, en 2020, 19.91% de las solicitudes del reconocimiento de la condición de personas refugiadas fue

de niñas niños y adolescentes tanto acompañados como no acompañados y hasta mayo de 2021 esa cifra se elevó a 23.56 por ciento.

La participación de niñas, niños y adolescentes en iniciativas como ésta es muy relevante, ya que ellos son quienes mejor pueden expresar sus emociones y soluciones para construir un mundo donde estén incluidas las personas refugiadas, enseñándonos de una forma práctica el respeto a sus derechos.

Felicidades a Leonardo, Romina, Alejandro, Francisco, Leila, Kiara, Víctor, Natalia y Martín, que representan diversos puntos de nuestro país, y quienes destacaron con sus trabajos mostrando valores como la empatía, el respeto y la inclusión, lo que, sin duda, nos ayudará a formar una sociedad más justa e incluyente.

Además, enviamos un reconocimiento especial a quienes formaron parte del jurado, que también son niñas y niños refugiados, quienes, a partir de su propia vivencia, pudieron reconocerse en los trabajos ganadores.®

Irasema Yazmín Zavaleta Villalpando

Encargada por suplencia legal del despacho de la Presidencia del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

Siempre ha sido nuestro interés el cuidar el diseño del Concurso sobre personas refugiadas, por lo que tenemos muy presente las formas de participación de niñas, niños y adolescentes en éste, y cada año buscamos la mejor manera para que puedan expresar sus ideas y sentimientos.

Como es sabido, el concurso inició siendo de ensayo y estaba dirigido a las y los adolescentes. Hoy contamos con la participación de niñas y niños a partir de los nueve años de edad, quienes presentan sus trabajos en las modalidades

de dibujo (categoría gráfica), cuento (categoría escritura) y video (categoría digital).

Así, como parte de la evolución del concurso y para mantenerlo actualizado de acuerdo con el contexto que nos rodea, este año decidimos enfocar el tema de éste en la pandemia por el virus SARS-CoV-2 (enfermedad de COVID-19) y sobre cómo ha impactado a las personas refugiadas en el mundo.

Lo anterior implicó considerar el aislamiento, la enfermedad, los esfuerzos por la vacunación contra la COVID-19, la falta de acceso a la educación y la salud, y el miedo y la incertidumbre que han afectado a todas las personas, en particular a las refugiadas y solicitantes de asilo.

Cabe señalar que, en 2020, por primera vez las nueve personas integrantes del jurado del concurso fueron niñas, niños y adolescentes, de las cuales tres estaban en situación de refugio o eran solicitantes de asilo. En esta ocasión, en 2021, la totalidad del jurado fueron niñas, niños y adolescentes que se encuen-

tran en los albergues Embajadores de Jesús y La Pequeña Haití, en Tijuana, Baja California; ellas y ellos forman parte de un proyecto especial y muy importante para World Vision México y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia.

Finalmente, en el 13° Concurso sobre personas refugiadas, Incluyendo para sanar, se recibieron 61 trabajos –por segundo año consecutivo se participó en la categoría digital (nueve), además de las categorías gráfica (31) y escritura (21)– provenientes de 14 estados del país; asimismo, se contó con la participación de niñas, niños y adolescentes que viven en México pero que son originarios de otros países como Guatemala, Honduras, Nicaragua, Estados Unidos, El Salvador y Venezuela. 🇷🇺

**Testimonio de las niñas, niños y adolescentes
integrantes del jurado**

Este año, a través de World Vision México, fuimos invitadas e invitados a participar como integrantes del jurado del 13° Concurso sobre personas refugiadas, Incluyendo para sanar, nueve niñas, niños y adolescentes que actualmente vivimos en albergues para personas migrantes en Tijuana, Baja California, pero que pertenecemos a diferentes estados de México, Michoacán entre éstos, y de países como Honduras, El Salvador y Guatemala.

El concurso nos gustó mucho porque revisamos dibujos, cuentos y videos que estaban muy interesantes y bonitos, trataban sobre las personas refugiadas y migrantes que se encuentran con problemas y que necesitan ayuda porque han tenido que salir de sus casas y de sus países, del apoyo que se les puede brindar para que cuenten con refugio, y que muchas niños y niñas no sufran durante este proceso, aún más en tiempos de la enfermedad de COVID-19.

Para nosotros como jurado fue un poco difícil elegir a las y los ganadores, porque había varios trabajos muy buenos. Pero nos gustó que muchos niños, niñas y adolescentes enviaran sus trabajos de arte porque en ellos miramos cosas muy interesantes y creativas, donde también vimos reflejada nuestra

situación y la de otras personas que se encuentran en la misma condición. Algunas historias son muy parecidas a las que hemos escuchado o vivido aquí en el albergue en el que nos encontramos ahora.

Nos sentimos identificados con las historias donde las cosas no iban del todo bien, pero que al final muestran esperanza y motivación para seguir adelante en medio de cualquier percance.

El ser parte del jurado también nos brindó la confianza de compartir nuestros puntos de vista, nuestras historias de vida y aprendimos a tomar decisiones en conjunto. Fue un tiempo de convivencia donde conocimos a otras niñas, niños y adolescentes, y construimos lazos de amistad.

Felicitemos a todas las y los participantes por su esfuerzo y dedicación, cada trabajo mostró el empeño de cada uno y, aunque no todos ganaron, todos los trabajos son muy bonitos.

Gracias por invitarnos a formar parte de esta experiencia, nos gustó mucho y esperamos que sigan realizando estos concursos para que las personas conozcan más sobre lo que vivimos las personas migrantes y refugiadas, a través del arte, con dibujos, escritos y videos en los que se expresan pensamientos, creatividad y sentimientos. 🌍

Dibujos, cuentos y videos ganadores 2021



Juntos saldremos adelante • Francisco Ruiz Rivera

Dibujo ganador del primer lugar en la categoría gráfica.

Lo que me espera

Natalia Lucía Bucio Pérez*

Son las once de la noche y no ha regresado a casa.

Escucho a Marissa llorando en la cocina mientras abrazo a Melany con todas mis fuerzas. Ella está dormida y yo sólo observo el techo mientras tiemblo in-

* Texto ganador del primer lugar en la categoría de escritura.

conscientemente. La noche pasó así, con un extraño y amargo sabor de boca a miedo.

A la mañana siguiente desayunamos en silencio y con un lugar vacío en la mesa. Estábamos seguras de que había pasado lo que más temíamos en esta vida, pero no lo podíamos decir ni aceptar hasta que llegara alguien con la noticia.

Marissa, mi mamá, me pidió que Melany y yo no fuéramos ese día a la escuela y así fue: nos quedamos en casa las tres. A las cuatro de la tarde tocaron la puerta con un golpe fuerte y seco. Sentí una última esperanza de que llegara a abrazarnos y a decirnos que estaba bien.

Mi madre abrió la puerta. Era José.

—Encontraron su cuerpo cerca del basurero. Lo lamento mucho, Marissa, pero tienen que irse antes de que vengan por ustedes —dijo él.

Ella se derrumbó en el piso llorando con toda la fuerza que le quedaba. Melany, tan inocente como siempre, me preguntó qué pasaba y por qué lloraba mi mamá. Me arrodillé frente a ella y poniendo mis manos a cada lado de su cabecita le dije:

—Cipota, desde hace mucho unos señores basura estaban encachimbados con papá. Papá estaba choteado por ellos y ayer en la noche le hicieron algo muy malo, y nos tenemos que ir ya. Pero todo va a estar macanudo mientras estemos las tres juntas.

Melany puso su mejilla en mi hombro y la volví a apercollar como la noche anterior, con el llanto de Marissa de fondo.

En menos de una hora ya teníamos listas tres mochilas, llenas con lo que nos cupo. Melany lloraba por no poder llevar todos sus muñecos, pero creo que era por miedo y por no saber qué había pasado con mi papá. A mí no me fue complicado elegir lo que me iba a llevar, lo que se me hacía difícil era pensar en no volver a ver a mis aleros, ni a mi apajuilada pero bella abuela.

De alguna forma mi casa, mi barrio y mi vida entera se estaban acabando. ¿Cómo es posible que alguien tenga que meter toda su vida en una mochila y no mirar atrás?, ¿cómo es posible que asesinen a tu esposo, a tu papá, y ni siquiera puedas despedirte? Nunca había sentido tanto miedo en mi vida, estaba atortujada. Mamá no parecía la misma de antes, ya no derramaba ni una sola lágrima, no hablaba, y sólo preparaba nuestra salida sin detenerse. Parecía una especie de robot sin sentimientos.

Casi a las seis de la tarde salimos para agarrar la *baronesa*, no había oscurecido. Antes de cerrar la casa traté de mirar rápido cada uno de sus rincones para guardarlo para siempre en mi memoria. Yo había crecido ahí, pero en un solo día había pasado de ser el hogar de una bonita familia a paredes sin alma.

Bajamos de la baronesa y anduvimos *a pata* junto a más personas. Podíamos ver en los ojos de la gente el dolor que guardaban... quizá así estaban antes, pero no me había fijado en eso. Entendí que mi familia y yo éramos sólo un caso de millones. Nos mataron a mi papá, pero a otros les habían matado a sus familias enteras, dejando las cabezas en la basura.

Caminamos horas sin descanso hasta llegada la noche. Luego nos paramos a descansar y comimos parte del casamiento que llevamos de casa. Lo pienso y todavía siento que los pies me duelen, que todo el cuerpo me suda, que tengo ampollas y sangre, y Melany que llora y ya no quiere seguir, mientras a nuestro alrededor se sincronizan los llantos.

Pasaron tres días así, andando, creo. Al cuarto día que amaneció vi que algunas personas subían a camionetas; yo deseaba con todas mis fuerzas que me dejaran subir. Ahí, a ratos, llegaban algunos reporteros, grababan, preguntaban.

Me sentía agotada y cansada de miedo, era una especie de caminata hacia la muerte, pues sabía que sólo algunos pocos lograban llegar a su destino.

Día tras día seguimos con la caravana hasta llegar a Guatemala, que está cerca de México. Marissa escuchó de mi tía Rosario, la hermana de mi papá, que su tía se vino a México y consiguió que le dieran refugio, y se pudo quedar a vivir ahí y encontró un trabajo. Pero en el camino decían que ahora había un bicho

de China que era peligroso y que por eso estaban dejando pasar a menos gente, porque podrían traer el bicho, y que si queríamos llegar antes debíamos apurarnos. No entendía nada; nadie de nosotros venía de China, ni éramos de allá.

La mayoría de la gente de la caravana quería ir hasta Estados Unidos, pero nosotras no conocíamos a nadie allá, era lejísimo y no teníamos pisto suficiente, nos conformábamos con quedarnos en México. Mientras nos acercábamos, bajo el sol y cargando nuestro dolor en la espalda y los pies, escuché rumores de que los chepos y chafarotes violaban a niñas de mi edad y hasta más chicas; eso ya lo sabía, pero ese día lo sentí más: tener 16 años, ser mujer y vivir en Centroamérica es un peligro. Por un momento tuve la esperanza de que en México no fuera así.

Desde niña aprendí a sobrevivir las miradas, los comentarios, el acoso y las caricias sucias sin consentimiento, pero pensar en una violación me hacía sentir el terror de ser tratada como un objeto o una cosa sin ningún valor. En mi escuela varias compañeras quedaron embarazadas y ya nunca más salían de

su casa; yo no quería ese futuro, quería estudiar y trabajar para darle pisto a mi mamá.

Por fin llegamos a la frontera con México. Sentía que ya no teníamos fuerza alguna. En el último tramo mi mamá me pidió cargar en la espalda a Melany, para que la cipota pudiera dormir un poco. Cuando llegamos la frontera estaba llena de *juras* mexicanos, se veían todos enojados.

No sabíamos qué hacer, pero en el camino nos habían contado que había un albergue en Tapachula, Chiapas, y Marissa decidió que allí iríamos. Nos permitieron entrar en la bola y fuimos allá.

Ha pasado una semana desde que llegamos aquí. Quisiera hablar con mis ale-ros. Mi mamá está deschambada y se sale a ratos a buscar trabajo en los res-taurantes y fondas cercanas.

La vida en el albergue no es mala: nos dan osmil en la mañana, dormimos en li-teras, los voluntarios son amables, he hecho algunos compas, a veces juego a la *potra*, tenemos lugar para nuestros maritates y hay una perrita llamada Maya. Parece que a Melany también le *llega*, la he visto hasta compartir su pichinga favorita con una cipota ecuatoriana.

El problema es que antes de dormir vuelvo a mirar el techo como aquella no-che y me da musepo. Quiero mi casa, extraño a mi papá más de lo que es po-sible extrañar a alguien, aún no puedo creer que nunca lo volveré a ver y que no me abrazará. Simplemente quiero mi vida de vuelta; me la arrancaron. Pero siento que soy egoísta al pensar esto después de escuchar las historias de los demás migrantes. Nunca imaginé que en una sola casa pudieran haber tantas historias de dolor, tanto terror. Es de no creerse lo que se escucha aquí...

Las cosas han cambiado. Desde nuestra llegada a este país, Marissa puso una solicitud de asilo, algo así como el permiso que necesitas para quedarte como persona refugiada en México y parece que nos lo van a dar. Ahora mismo estamos en el comedor esperando a mi madre, quien llega, se sienta y nos dice:

—Hijas, he encontrado chamba de *nacha* en una casa de un buen barrio. La familia nos dará un cuarto de servicio donde podremos vivir y conseguir pisto suficiente para nuestra comida. A la vuelta de la casa hay una escuela pública que tiene primaria para Mel y prepa para ti, Magda.

Recuerdo todavía nuestro primer día de escuela en México. Al entrar al patio principal todos los alumnos nos miraban a mi hermana y a mí como unos bichos raros. Pasaron las clases –que parecían eternas– y llegó el recreo. Todos comían quesadillas de la Cooperativa, yo sólo tenía una manzana y moría de *filo*.

Una niña se acercó a la banca donde estaba y me preguntó con voz chillona de dónde era. Le dije que era catracha y dijo que yo hablaba muy raro, que mejor me regresara a mi país, que aquí no encajaba.

Siempre había escuchado que la gente mexicana era muy amistosa, pero pensé “son así sólo con su gente”. Lo que esa niña chillona no entendía era que me hubiera regresado si hubiera podido, pero no tenía opción, vivir ahora en su país era para nosotras la única forma de seguir con vida.

Es de noche, son las cinco de la mañana y no puedo dormir. Me estoy parando para ir al baño. Prendo la luz y mis ojos se entrecierran. Me volteo a ver en el espejo y veo mi piel morena, cabello chino y ojos rasgados. Es cierto que no soy como las niñas de aquí, pero aquí quiero vivir.

Durante las últimas semanas he escuchado en la escuela que aquel bicho pronto llegará a México y tendrán que cerrar todo, tengo miedo de lo que pase, no sé qué pueda ser, pero de nuevo huele a miedo.

Parecía eterno, pero ya han pasado dos años desde la pandemia por el nuevo coronavirus y ahora que volteo hacia atrás reconozco que la comunidad nos apoyó muchísimo. Lo primero que hicieron fue informarnos sobre la COVID-19, todas las personas refugiadas nos juntamos en la casa del migrante para una plática. Ahí nos dijeron lo que era este virus, cómo debíamos protegernos, cuáles eran los síntomas de la enfermedad que ocasionaba y las medidas que teníamos que tomar. Nos dieron mascarillas y surtieron de gel antibacterial a la casa.

Éramos muchos migrantes que solicitaban asilo, así que tuvieron que abrir el patio como un nuevo comedor, para que en el comedor original se pusieran

colchones. Nosotras regresamos a la casa del migrante, ya que a la señora de la casa donde vivíamos le dio coronavirus y despidió a mi mamá.

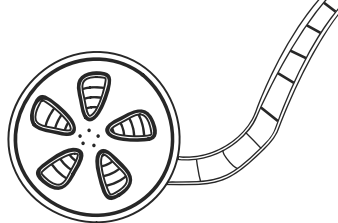
Un día hubo una actividad para platicar sobre nuestras culturas y enseñar algunas palabras de nuestros países. Todos aprendimos muchísimo de las y los demás, y se subió un video para que se pudiera consultar por internet. A la semana siguiente nos preguntaron nuestras historias y lo que significaba para nosotros ser personas refugiadas, nuestras respuestas se las mostraron a niñas y niños de distintas escuelas que seguían con sus clases en línea, y no sólo con hojitas como nosotras.

Debido al desempleo muchas señoras —incluida mi mamá— empezaron a vender bordados y comida, y así ganaban algo de pisto.

Cada una de estas acciones ayudó a que se supiera quiénes éramos nosotros las personas refugiadas, y varias familias mexicanas donaron recursos para la casa y pisto para la asistencia médica, también apoyaron a las señoras, admiraron nuestras culturas y lo mejor de todo fue que nos entendían.

Ahora escucho mi nombre y me dirijo hacia las escaleras, le doy la mano al rector mientras agarro mi diploma. Me doy la vuelta y ahí están Melany y mi mamá rebotando de alegría. No está mi padre y eso me hace llorar por dentro, pero sé que estaría muy orgulloso de mí y mi abuela también.

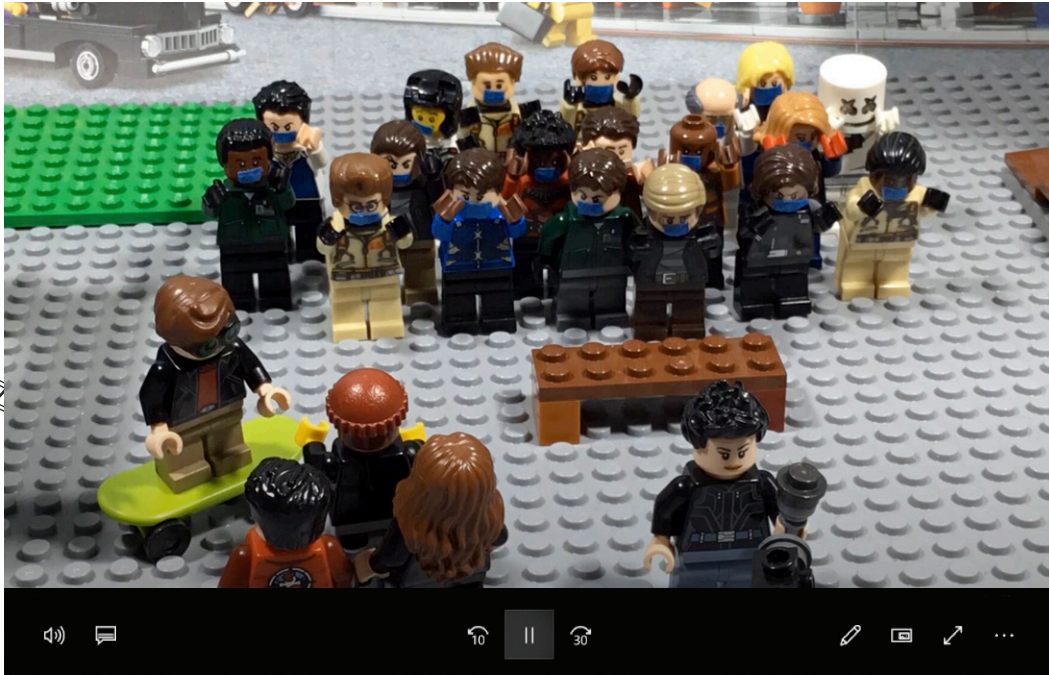
Lo logré, me gradué a pesar de todo, a pesar del dolor, el hambre, el miedo y el cansancio. Soy refugiada y me gradué. Soy mexicana y siempre seré catracha. Y estoy ansiosa por ver lo que me espera en esta vida. 🇷🇺



¿Y si fueras tú? Leonardo Benítez Chavero*



* Video ganador del primer lugar en la categoría digital.



<https://youtu.be/GuLZK2BIUJk>



Bienvenido a casa • Romina Yulieth Ramiro López

Dibujo ganador del segundo lugar en la categoría gráfica.

Arriesgando la vida

Leila Medina García*

Aquella mañana José se levantó temprano como cualquier otro día, se vistió aprisa, tomó el sombrero y se dirigió a la cocina. Vio a su esposa preparando el desayuno y se dio cuenta de que cada día se le notaba más el embarazo. Llamó a su hijo de apenas cuatro años y le pidió que lo acompañase a traer leña para el hogar.

* Texto ganador del segundo lugar en la categoría de escritura.

Cuando volvieron a casa se sentaron a la mesa cabizbajos y comieron en silencio; aunque nadie lo decía, sabían que desde ese día muchas cosas cambiarían, pues esa tarde José marcharía en busca de un mejor futuro para todos.

El tiempo pasó de prisa y llegó la tarde, oyó las voces de algunos hombres que se acercaban y supo que había llegado el momento de partir.

Tomó la mochila con sus cosas, algunas cuantas monedas, una cobija y se despidió de su familia; jamás olvidaría ese momento, pues sintió cómo las lágrimas estaban a punto de escaparse por sus ojos a mares, y aquel nudo en la garganta al acariciar a su pequeñín fue terrible.

Al salir de su casa forzó una sonrisa y se marchó con la tristeza encima, pero también con la ilusión de que al cruzar la frontera hacia Estados Unidos encontraría más oportunidades de trabajo y podría solventar mejor los gastos, de manera que sus hijos tendrían un futuro diferente al de él y podrían salir adelante, lejos de todo ese mundo de pandillerismo que existía en Guatemala.

El plan parecía simple: cruzaría la frontera hacia México junto con algunos vecinos y su mejor amigo Juan; seguirían las vías del tren hasta Palenque, Chiapas, en donde, después de haber descansado un poco en algún albergue, subirían a *La Bestia* y continuarían así hasta llegar a Reynosa, Tamaulipas; después buscarían a alguien que los pasara a Estados Unidos y una vez ahí empezarían a trabajar.

Esa fue una noche muy larga, llena de cansancio y de temores. Habían decidido cruzar en medio de la oscuridad para reducir el riesgo de ser descubiertos; por lo que caminaron durante un día hasta que llegaron a Tenosique, Tabasco, y una vez ahí buscaron un lugar en el que pudieran comer y descansar un poco. El albergue estaba lleno, así que tuvieron que dormir afuera, pero José agradeció que hubiera lugares como éste, ya que al menos ese día comieron bien.

Ya por la tarde del siguiente día continuaron su camino, les habían dicho que caminar por las noches era menos cansado, pero más riesgoso, y eso fue lo que hicieron, aun con el miedo de que fueran secuestrados o extorsionados.

Los días se hicieron largos e interminables, caminaban durante horas y era insoportable el mediodía, ya que sentían 35° C quemándoles el cuerpo, pero a José lo que más le dolía eran los pies, los cuales ya tenía ampollados debido a que sus zapatos estaban rotos.

Por fin, después de tres días enteros de viaje llegaron a Palenque, cansados y deshidratados, pero con la ilusión de llegar a Estados Unidos.

Les permitieron quedarse durante algunos días ahí, pero antes les checaron la temperatura para verificar que no estuviesen contagiados de la enfermedad COVID-19.

Una semana después, recobradas las energías, decidieron seguir su camino. Todos se acomodaron junto a las vías de *La Bestia* y esperaron intranquilos.

Después de aproximadamente media hora oyeron el ligero ruido de un tren y se prepararon para abordarlo.

Cuando llegó el momento todos subieron aprisa, agarrándose de donde podían. José no supo cómo pasó pero, de pronto, oyó aquel grito desgarrador y vio a su amigo con la mitad de la pierna destrozada; supo que Juan había caído al intentar subir y su pierna había quedado entre las vías y la locomotora. Vio cómo algunas personas se acercaron a auxiliarlo y rezó porque alguno de ellos fuera un médico; se sintió impotente y destrozado, y entonces comprendió más que nunca porqué le decían “el tren de la muerte”.

Tras largos días y heladas noches llegó por fin a Reynosa, se sentía sumamente agotado, pero recordaba con claridad aquel día en que María, su esposa, le había dado la noticia de que iban a ser padres por segunda ocasión y la mitad de él se había llenado de felicidad, pero la otra mitad tenía una profunda preocupación.

También vino a su mente la tarde en que decidieron que tendría que salir de su país y aquella triste despedida, y se dio fuerzas para seguir, por ellos, por su familia. Brincó del tren y corrió rápidamente, encontró un refugio y ahí pasó el resto de la noche.

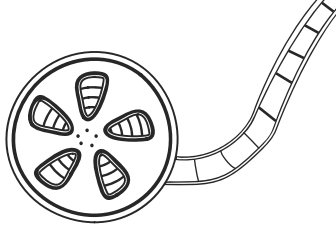
Al día siguiente buscó ayuda en una casa del migrante y afortunadamente lo acogieron; ahora le quedaba un gran reto: encontrar a alguien que lo ayudase a cruzar la frontera y ganar el dinero necesario para ello. Con esto en mente buscó incansablemente algún trabajo hasta que lo consiguió.

Trabajó duro durante cinco meses, hasta que por fin juntó el dinero que necesitaba. Una semana después consiguió a un coyote que le prometió esperarlo en un lugar muy cercano a la frontera para cruzarlo a Estados Unidos, pero le pidió el pago por anticipado. José dudó, pero no tenía otra opción, así que le dio el dinero y esperó.

Llegado el día, se dirigió sumamente emocionado al lugar indicado y esperó durante horas, pero el coyote nunca llegó. Destrozado porque todo su trabajo había sido en vano, volvió al albergue y lloró como jamás había llorado, desató todo el dolor y la frustración que llevaba dentro y que durante días había tratado de esconder. Fue entonces cuando pensó en pedir asilo en México, lo analizó durante horas y decidió hacerlo.

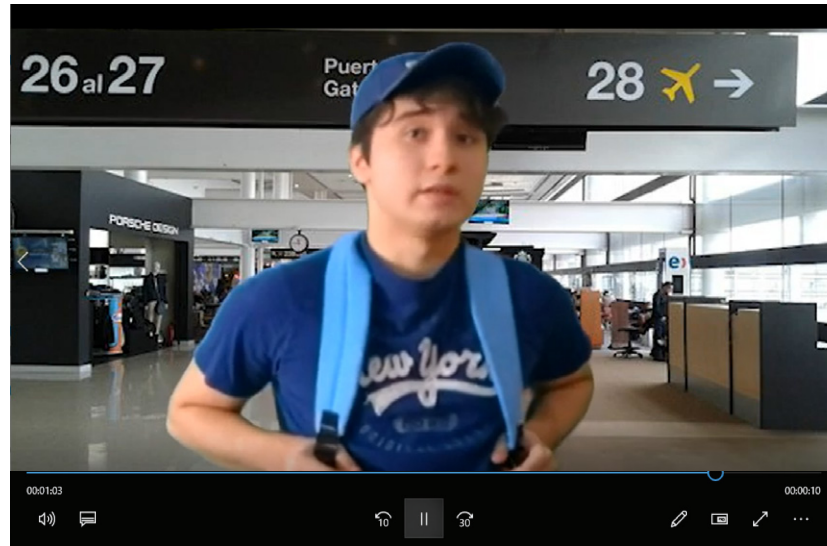
A la mañana siguiente iría a la oficina de migración e iniciaría los trámites, si bien no había podido cruzar a Estados Unidos, podía quedarse en México, pedir asilo y trabajar ahí.

Cansado por todo lo vivido cayó profundamente dormido y empezó a soñar. Algunos migrantes que se encontraban en el lugar pudieron ver la felicidad reflejada en su rostro y pensaron que estaba soñando con su familia... no se equivocaban. 🇷🇺

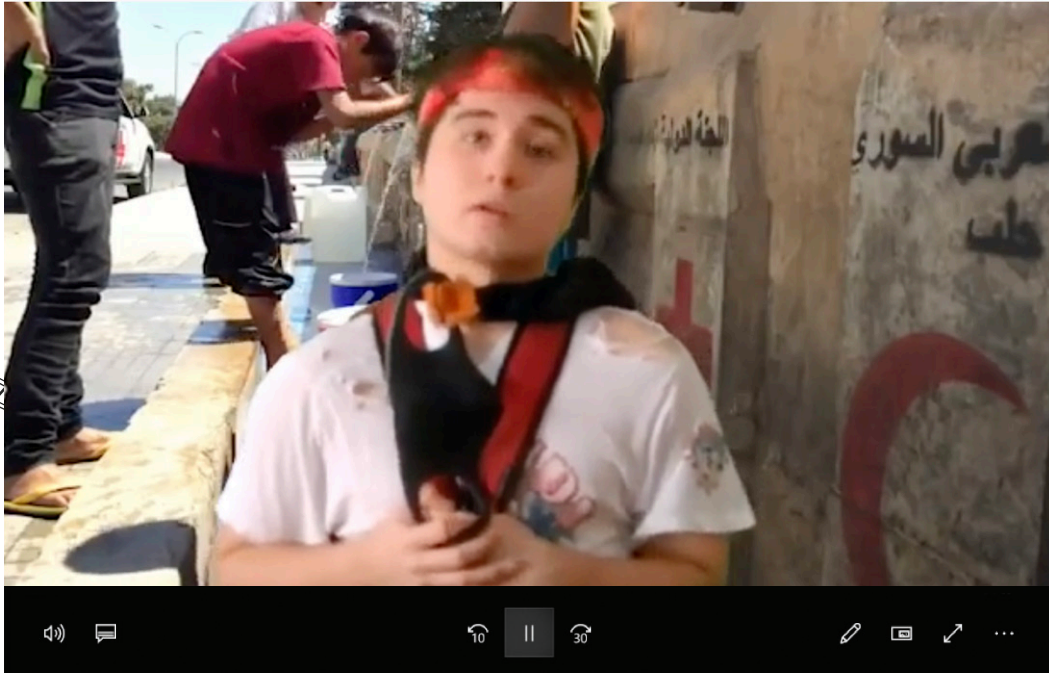


Migrantes y refugiados

Víctor Ariel Del Orbe Valdés*



* Video ganador del segundo lugar en la categoría digital.



<https://youtu.be/ED-2v6WTjMY>



México: un ángel y hogar para nuestros hermanos refugiados •

Alejandro González Suárez • Dibujo ganador del tercer lugar en la categoría gráfica.

Templos en el camino

Martín García Meza*

Tengo miedo de que mi mamá me regañe pues he perdido la cuenta. Cuando empezamos a caminar, hace ya muchas semanas, me dijo que íbamos a jugar un juego, que era uno muy largo pero que la recompensa era igual de grande. El juego se trata de contar todos los templos que vea, sean capillas, basílicas, catedrales, templos pequeños y templos grandes, torres de templos,

* Texto ganador del tercer lugar en la categoría de escritura.

e inclusive las ruinas de éstos cuentan. Me dijo que contara todos los que mis ojos alcanzaran a ver y es lo que he tratado de hacer desde que salimos de mi pueblo, pero mi mamá no dice porqué no hemos dado vuelta atrás.

Mi mamá me explicó que este juego también lo juega mi hermano, pero que él va mucho más adelante de nosotros y no debemos dejar que nos gane, por eso tenemos que alcanzarlo antes de que llegue.

—¿Antes de que llegue a dónde, mami? —yo siempre pregunto.

Y lo único que ella dice es:

—Desearía saberlo yo, hijito.

Mi hermano empezó este juego dos semanas antes que nosotros, tal vez más. Sólo recuerdo que un día llegó corriendo a nuestra casa muy alterado y platicó con mis papás durante varias horas. Al final, él y mi papá se marcharon.

Me quedé algunos cuantos días más en el pueblo con mi mamá. Siempre la veía asustada, corriendo de un lado a otro, como si tratara de escapar de algo, y cuando le preguntaba qué pasaba, ella sólo decía:

—Despídete de tus amigos, no los verás en mucho tiempo porque nos iremos de viaje.

No le digan esto a nadie, pero un día me levanté en la noche, me asomé por la puerta de su cuarto y la vi con la vecina. No entendí mucho, sólo veía a mamá llorando y repitiendo una palabra que no conozco: *amenaza* (¿o será *amenasa*?). Me sentí muy mal, pues no me gusta ver llorar a mamá. Después de algunos días salimos y fue que empezamos el juego, así que supongo que ahora todo está mejor.

No creo que sea el mejor momento para hacer este juego, pues recuerdo que desde hace un año no he ido a la escuela como lo hacía antes, ya que decían que teníamos que cuidarnos mucho y no salir de casa porque había una nueva enfermedad.

Ha sido un año muy raro, primero porque dejé de ir a la escuela —como les dije—, y salía a jugar con mis amigos todo el día, pero poco a poco a ellos ya no los dejaron salir, que porque tenían calentura, aunque yo sigo sin saber qué es eso. Creo que mi abuelita murió de eso mismo, decían que la comida no le sabía y que no olía el aroma de las flores preciosas que le llevaban sus hijos cada semana. Después de algunos días me dijeron que ya estaba con Dios y que se había ido tranquila, en su casa; aunque debo decir que días antes la habían llevado con mucha desesperación a la ciudad y regresaron igual de desesperados, como si no hubieran encontrado algo que buscaban con muchas ansias, pero al final ella partió a la casa de Dios cuando estaba acostada en su casa.

Ha sido un año muy triste y extraño, pero supongo que el juego es lo principal porque mamá decidió empezarlo con mucha urgencia, sin importar nada, como si de un día para otro lo más importante fuera el juego.

Y ahora aquí me encuentro, en medio de la nada, o lo que para mí luce como la nada. Hemos atravesado ya muchas montañas, muchos campos y varios ríos. Cuando cruzamos uno río me reí mucho, pues vi cómo un señor que iba delante de nosotros se cayó al agua y cuando se levantó estaba todo empapado de su lado derecho; todos los del grupo nos reímos mucho, fue muy divertido. Hasta ese momento me di cuenta de que todas las demás personas también están jugando el mismo juego y pensé: “entre más jugadores haya, más premios debe haber”. Y ¡qué bueno que sea así!, porque este juego ya se ha vuelto muy cansado y eso lo digo yo, que soy uno de los más cómodos del grupo, aunque todos hemos pasado por hambre y por sed.

Hace algunos días tenía demasiada sed, ya no podía caminar, la cabeza me dolía horrible y sentía que el sueño empezaba a ganarme y eso que apenas era mediodía —eso me preocupó porque, como todo niño, suelo ser muy inquieto y nunca me había pasado algo así—. Le conté a mi mamá lo que sentía, pero me dijo que ya no tenía agua para darme, se le había acabado desde hacía algunas horas. Para nuestra buena suerte, un señor que iba en la parte de adelante del grupo escuchó, nos esperó y nos compartió de su agua. Creo

que el señor vio la sonrisa que apareció en mi cara en ese momento, pues casi al mismo tiempo replicó una exactamente igual en su rostro.

He platicado con varias de las personas que nos acompañan en este juego y cada vez que hablo con alguien nuevo me impresiono mucho, ya que todos venimos de lugares muy distintos, como El Salvador, Honduras o Guatemala, donde creo que estamos actualmente. Todos cuentan sobre muchas cosas que no entiendo, pero trato de comprenderlos porque son las únicas personas con las que convivo, son como mi familia. Casi todos mencionan algo sobre la ya nombrada *amenaza*, dicen que las pandillas los obligaron a huir y que debieron salir corriendo de inmediato.

Le pregunté a mamá sobre qué era eso de las pandillas y las amenazas, me dijo que *pandillas* era el nombre de los jueces del juego y que todos teníamos que huir de ellos porque si nos encontraban nos iban a hacer perder y que nadie quería eso. En ese momento empecé a entenderlo todo.

—¿A nosotros también nos buscan las pandillas, mamá? —le pregunté.

—Sí —me dijo.

Por eso teníamos que salir de nuestro pueblo tan rápido como pudiéramos y que en cuanto nos juntáramos con mi hermano estaríamos a salvo de las pandillas. Ahora me esfuerzo más cada día y me quejo cada vez menos porque no quiero perder el juego.

Hace algunos días estábamos en la calle, cenando todos juntos sentados en la banqueta, y en la radio alguien había puesto lo que parecía ser un discurso en inglés y una persona del grupo preguntó:

—¿Saben hablar inglés?, ¿por qué andamos escuchando cosas que ni entendemos? —dijo.

Y alguien le respondió:

—Entiendo algunas palabras, pero no todas. Aparte está hablando de las personas que llegan a su país. Sí entiendo algo, ya es ventaja; es muy importante saber qué hacer.

No sé quién hablaba en la radio, pero parecía que era una persona muy importante, porque cada cierto tiempo, al dejar de hablar, se escuchaba que una multitud no paraba de aplaudirle.

Después de un rato, el único que sabía inglés dijo una frase con mucho enojo, como si acabara de escuchar algo que no le hubiera gustado.

—Si supiera por todo lo que he pasado, todo lo que he caminado, las amenazas que he recibido. Si supiera que nadie elige ser refugiado —comentó.

No entendí muy bien, pero lo vi muy sentimental, porque unas lágrimas se hicieron presentes en sus ojos.

Ayer, en la noche, cruzamos otro río. Mi mamá me dijo que tenía que estar muy callado y no hacer ningún ruido, pues íbamos a entrar a una sección del juego, la cual era como jugar a las escondidas, donde había algunas personas vestidas de policías o militares que si nos encontraban podían hacer que duráramos ahí muchos días, o incluso semanas, y que no queríamos eso porque entonces sería aún más complicado alcanzar a mi hermano. Recuerdo que nunca había estado tan callado en mi vida, entre los pastizales tan altos en los que estábamos sólo se escuchaba el río corriendo y el sonido de los animales. Cuando por fin lo cruzamos corrimos tan rápido como nos fue posible, hasta que no pudimos hacerlo más; en ese momento mi mamá me abrazó con sus suaves brazos y nos recostamos en el suelo. Jamás había visto estrellas más hermosas como las de anoche, brillaban de una manera asombrosa, casi como lo hacían los ojos de mi mamá en ese mismo momento.

Estamos en México, creo que mi hermano también está aquí, pero no tenemos idea de dónde. Dice mi mamá que tenemos que seguir caminando y que ahora es probable que el grupo se empiece a dividir poco a poco y que tengo que empezar a despedirme; es muy difícil para mí hacerlo, pues como les dije, ellos ahora son mi familia. Desde que lo desconocido se volvió lo único que conozco, ellos han estado ahí. Tengo que despedirme y probablemente sea para siempre. Cada vez que me despido les digo:

—Espero que no los encuentren las pandillas—. Esa es mi manera de decirles que espero que ganen el juego.

En la mañana pasó algo un poco raro. Mi mamá se fue a comprar algunas cosas y me dejó en la plaza del pueblo de Santa Isabel, frente al templo —fue en ese momento cuando me percaté de que había perdido la cuenta de éstos—. Ahí se me acercaron unos niños que querían jugar, pero en cuanto oyeron que mi acento era diferente al suyo...

—¿De dónde eres? —me preguntaron.

Entonces, en ese momento, empezaron a pasar muchas cosas por mi cabeza: “no soy de aquí —pensé— y ya no siento que sea de mi pueblo, pero tampoco puedo ser de los lugares que crucé; es más, creo que soy de todos esos lugares, pues de cada uno tengo recuerdos”. Así que les contesté:

—Soy de todos lados.

Su reacción fue de una gran impresión:

—¡Wow!, ¡qué chido debe de ser eso! —exclamaron.

Después nos quedamos platicando un rato, nos reímos, les conté todo lo que acababa de pasarme y les hablé del juego.

—Queremos intentarlo —dijeron.

Les aconsejé que no lo hicieran, que si yo tuviera la oportunidad de decidir si lo volvía a hacer o no, diría que no, porque ha sido muy largo y cansado, y lo peor es que extraño a mis amigos, a mis maestros, a mi casa y a mis juguetes; desearía tener conmigo todas esas cosas que hoy están muy lejos.

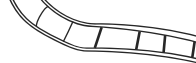
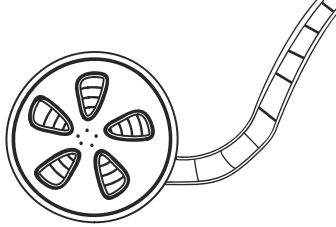
Además, mi mamá ya me dijo que es muy probable que el juego se extienda por un par de años, así que no sé si volveré a ver a mis amigos de la escuela o si volveré a sentarme en esa mesa frente a ese pizarrón; espero que algún día lo vuelva a hacer.

—No lo hagan. Si pueden, no entren al juego —les dije, mientras unas lágrimas empezaban a caer en el piso de la plaza.

No sé qué viene después. Sé que el camino que falta aún es muy largo, pero cuando veo a mamá aún con energías siento como si me las pasara y de inmediato me lleno de vida.

Espero poder encontrarme con mi hermano pronto y darle un abrazo muy fuerte, y a mi papá, que él vuelva a llevarme en sus hombros. Por ahora lo único que veo es el cielo azul y las montañas verdes que nos rodean. Creo que aún tengo fuerzas para seguir en movimiento y cruzar todos los ríos, los valles, las sierras y todo aquello que esté en el camino que nos falta por recorrer.

No quiero perder el juego, así que tengo que obligarme a seguir para llegar cada día más lejos, porque cada paso que doy significa un paso más cerca de mi papá y de mi hermano. Y, por favor, si leen esto, díganle a mi mamá que me perdone por haber perdido la cuenta. 📅

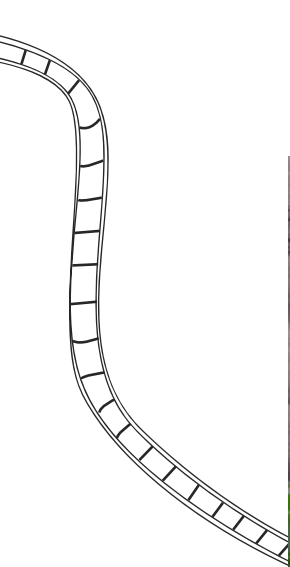


Un corto sobre refugiados

Kiara Vanreusel Lugo*



* Video ganador del tercer lugar en la categoría digital.



<https://youtu.be/KMAozPwtBhg>

Incluyendo para sanar,
13° Concurso sobre personas refugiadas 2021
se terminó de editar en noviembre de 2021.
Para su composición se utilizó el tipo Montserrat.

Comprometida con la ecología y el cuidado del planeta,
la Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México
edita este material en versión electrónica para reducir
el consumo de recursos naturales, la generación
de residuos y los problemas de contaminación.

